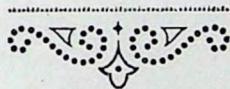


CINCO HISTORIAS DE ESPAÑA

ARGUMENTO CINEMATOGRAFICO
— ORIGINAL DE —

CESARE ZAVATTINI
LUIS GARCIA BERLANGA
RICARDO MUÑOZ SUAY



MADRID
Gráficas Cinema - San Marcos, 38
15 Abril 1955

EL PASTOR

Esta es la tierra donde he nacido, España. Ved, es como una gran piel de toro extendida sobre el agua, por una parte unida o separada por esos montes famosos de Europa, los Pirineos. Está habitada por veintiocho millones de criaturas, ricos y pobres, buenos y malos, pero esta vez yo quiero contaros sólo las historias de la gente más humilde de mi país, campesinos, obreros, pastores, emigrantes. Son historias que no he inventado ni yo ni mis amigos, son historias que la realidad misma nos ha sugerido.

La primera, se desarrolla aquí en la Mancha, la región más infinita de España, donde la vista no logra casi nunca alcanzar el horizonte. Este es un año lleno de polvo y de viento; basta el paso al trote de un asno para levantar una nube de polvo. Es que ha caído poca agua del cielo y los hombres y las bestias están unidos en el deseo del agua, en la espera del agua. Adonde hay un charco, llegan desde lejos los bueyes, los caballos, los asnos, las cabras, las ovejas, a saciar un poco su sed. Las grandes presas permanecen allí, quietas y secas, como fuera del tiempo. En las fuentes, filas de mujeres esperan su turno con los cántaros, mientras del caño cae un sutil, lento goteo de agua. Las mujeres esperan con paciencia, con una antigua paciencia. Pero he aquí a nuestro héroe, este viejo que llega precedido por el campanilleo de la cabra que guía el rebaño.

El viejo pastor tiene cerca de setenta años y viste como todos los pastores de la Mancha. Camina con fatiga sujetándose con la mano su sombrero para que no vuele, gritando misteriosas palabras a las ovejas que se paran a un lado del camino. Junto al pastor camina un niño de, aproximadamente, diez o doce años que le ayuda en el gobierno de las ovejas y ahora sigue a alguna para volverla al rebaño. He aquí la cara del pastor, quemada, rugosa, barbuda y con dos ojos rojos por el polvo que, cansadamente, miran a la tierra. Con un pañuelo mugriento, el viejo se seca los irritados ojos, con un gesto mecánico. Está a un paso de la fuente y pide a la mujer que está quitando el cántaro de debajo del caño que le deje mojar un poco el pañuelo. Después, con el pañuelo ya mojado, emprende de nuevo su camino y se lo pone en los ojos, de nuevo sumergido en el polvo que el rebaño levanta.

Su choza no está lejana. Las sombras de la tarde descienden sobre el campo. Se encuentra a algún campesino que vuelve la cabeza mientras sigue en su silencio a la grupa de un mulo. El viejo con el muchacho mete las ovejas en el corral y, después, ambos, encendido el fuego, se tumban en sus lechos de paja. El viejo murmura palabras incomprensibles, lamentándose a causa de sus ojos, y el muchacho dice: «Ve al doctor.» «No voy al doctor»—responde el viejo—. «Ve al doctor»—repite el muchacho y se duerme—. El viejo, en cambio, permanece con los ojos abiertos, toma el botijo y echa sobre el pañuelo alguna preciosa gota de agua. Pero el alivio es leve y el viejo se alza sobre el lecho y queda allí rompiendo la larga noche con sus refunfuños. Después se levanta y atiza la pequeña hoguera. De repente los ladridos del perro fuera de la choza llaman su atención. Después el balar de una oveja. Instintivamente agarran el tizón más grueso del fuego y abre, de par en par, la puerta de la choza saliendo fuera como un joven, gritando. La oscuridad es completa, pero cruza por delante de él como un viento, como un relámpago negro, un animal, un lobo, que, en seguida, desaparece en la noche, mientras todas las ovejas balan y el perro continúa ladrando sin tener el coraje de seguir a la bestia. El viejo permanece un segundo quieto con el tizón, tratando, en vano, de ver en la oscuridad por dónde ha desaparecido el lobo, y después entra en el corral donde las ovejas disminuyen su balido. Mira para ver si el lobo ha causado algún daño, pero el lobo no ha tenido tiempo de herir ni siquiera a una. Entonces el viejo vuelve a la choza mientras el perro lanza sus últimos ladridos.

Al alba él y el muchacho se hallan de nuevo en camino y, a lo largo de la cañada, encuentran a otros pastores con sus rebaños recién salidos de los corrales. O ni siquiera se saludan o basta un movimiento de la cabeza como saludo. En los campos ya se ven algunos campesinos que trabajan con el rústico arado romano. El sol está saliendo en el cielo y el viejo se cala hasta los ojos el sombrero para protegerse de sus rayos, caminando sin casi mirar delante de sí, con la cara hacia la tierra. Le vemos ir por el camino opuesto a aquél que toman los otros pastores y le volvemos a encontrar mientras se para en una plazoleta de un pueblecito manchego, donde algunas mujeres, bajo los pórticos, venden su escasa mercancía en una tácita, estatuaría espera del cliente. Mientras tanto, pasa un viejo «autobús-correo» rozando a las ovejas que están recogidas en una zona de sombra junto al niño que sigue con los ojos el paso del correo. El viejo pastor llega a los pórticos y entra en una especie de almacén mientras una mujer, vestida de negro, baja de una silla a una niña vestida de blanco y bien peinada.

Este almacén es el lugar donde el médico visita. Un tabique divide la sala de espera del pequeño ambulatorio. Todos sentados alrededor, están aquellos que esperan ser reconocidos. Son una decena de hombres con la típica blusa manchega que parece un uniforme y tres o cuatro mujeres

de negro y una con un niño de pocos meses en brazos. Entra la mujer con la niña vestida de blanco, saluda con un «buenas» murmurando y permanece en pie apoyada en la pared teniendo a la niña por la mano. El viejo está también en pie y no mira a ninguno, pero continúa pasándose, en una forma mecánica, el mugriento pañuelo por un ojo. Sale del ambulatorio otro viejo poniéndose la boina y, en seguida, entra la mujer con el niño. La otra mujer saca, de un capacho, una botella de agua y da de beber a un jovencito de cara enfermiza que está cerca de ella. Después pregunta a su vecino si quiere beber y éste bebe. Es un hombre de unos cuarenta años de faz impenetrable. Pregunta de qué fuente es. La mujer dice un nombre. Otro dice que también la fuente del Campillo se ha secado «Mañana llueve»—dice la más vieja de las mujeres—. «Sí, llueve—dice el hombre de la cara impenetrable con una expresión que significa todo lo contrario—. «Llueve, llueve, llueve»—dice la mujer con fe—. Otro dice: «No lloverá en todo octubre.» Y otro dice: «En el cuarenta llovió.» Todos quedan en silencio.

Ha pasado el tiempo porque ha llegado la vez a nuestro pastor, que está delante del médico como un acusado. El médico es joven. Con dos dedos tiene abierto el ojo del pastor y mientras tanto dice: «¿Cuántos años hace que tragas polvo?» El pastor con la derecha hace un gesto como diciendo: «¡Son tanto años!» «Te daré un agua para limpiarlos, pero tienes necesidad de llevar gafas», dice el médico. Después añade: «Gafas negras, de sol.» El pastor dice: «Gafas, no.» «Cómpralas, cómpralas; cuestan poco», dice el médico, despidiéndole. «No se las pone ninguno», dice el pastor. «¿Cómo ninguno?—dice el médico, y coge de la mesa las suyas y se las hace ver—. Se las ponen todos.» «Los pastores, no», dice el viejo.

Ha pasado el tiempo porque el viejo está ahora en otro lugar: en una pequeña tienda bajo los pórticos donde se venden todas las cosas, desde gafas hasta zapatos. Su cara está reflejada en un deteriorado espejo, con las gafas negras puestas. Está quieto mirándose como si no se reconociese, después se las quita y aparece la conocida cara. Saluda con una especie de gruñido y sale de la tienda con las gafas en la mano, que en seguida guarda en el bolsillo.

El niño está mirando una cartelera de cine, se despierta con la llamada que el viejo hace a las ovejas e inmediatamente el rebaño emprende la marcha hacia el campo dejando tras de sí la algarabía de una riña de mujeres alrededor de la fuente del pueblo.

El campo está asolado y las ovejas a su paso continúan levantando el polvo. El viejo se encuentra de improviso en medio de una nube de polvo aun más espesa que de costumbre a causa del encuentro con un enorme camión con remolque. Y finalmente, se decide a sacar las gafas negras y a ponérselas. El niño le mira con estupor. Van en silencio a lo

largo del camino. Hacia ellos viene otro pastor con un gran rebaño. Está lejano, un centenar de metros aproximadamente. Cuando dista solamente unos veinte metros el viejo se quita las gafas y se las guarda otra vez en el bolsillo. Los dos rebaños pasan al lado uno del otro y en medio de una gran nube de polvo los dos pastores se saludan con un gesto. El otro pastor pregunta al viejo: «¿Hay agua en la charca?» El viejo responde: «Poca.» Y uno sigue su camino hacia el Norte mientras el otro va hacia el Sur.

Apenas lejano unos treinta metros, el viejo se vuelve como para ver si el otro pastor le observa, después saca de nuevo las gafas y se las pone, continuando hacia el infinito horizonte, lleno de polvo. X

EMIGRANTES

Ahora encontramos en otra región de España, en Galicia. Esa tierra que, como dijo Rosalía de Castro, está llena de «prados, ríos, arboledas». Aquí suena la gaita y se baila la muñeira. El Atlántico bate sus costas con grandes olas y en sus montañas hay siempre inmensas nubes. La tierra está dividida en pequeñas parcelas, y el gallego defiende su pequeña propiedad circundándola de piedras. Ahora estamos en alguna parte de Lugo, durante uno de los mercados mensuales de ganado. Ved despuntar por todos los sitios las orejas de los asnos y de los mulos, escuchad el griterío de los mediadores que obligan a vender y a comprar. Hay aquí un campesino de unos cincuenta años, delgado, de ojos vivos, que está vendiendo su burro. «Tres mil», grita el mediador. «Tres mil dos», dice el campesino. «Dos mil y nueve», dice el comprador. Mientras tanto, pasan caballos al trote, mostrados para la venta a los presentes; se dan manotazos sobre los costados de los animales para probarlos, y grandes apretones de mano rubrican las compras. Nuestro campesino guarda las tres mil pesetas y se va, dando un afectuoso golpe con la mano en el lomo del burro como saludo. Allí, aparte, están una mujer de unos cuarenta años y una muchacha de veinte, que le esperan; se alzan de tierra apenas le ven, limpiándose el sayo. Hay también dos

niños, uno de doce años y una niña de diez, que asimismo forman parte de la familia. La niña está dormida, montada sobre un pequeño asno. El campesino lleva en la mano los tres billetes de mil y hace un gesto como queriendo decir: «No he podido sacar más». Después, todos se dirigen hacia el pueblo.

Les volvemos a encontrar alrededor de una máquina de coser en un comercio del pueblo. Es una importante adquisición para la familia, que termina con todos sus ahorros. La muchacha prueba la máquina, el padre la mueve como queriendo comprobar su solidez, la madre se agacha a mirarla por abajo, también los niños miran atentamente. El vendedor explica el mecanismo, el padre dice que es necesario que la máquina sea buena porque va a América con la muchacha. Después quedan todos silenciosos, quietos, mirando la máquina, y el padre gira a su alrededor como hace el comprador de automóviles.

La compra ha sido realizada, ya que vemos a lo largo de una carretera entre montañas al burro con la máquina de coser cargada sobre su grupa y a la familia detrás en fila.

Llegan al pueblo al caer la tarde. El pueblo consta de unas treinta casas bajas y en fila a los lados de la carretera. Nuestros personajes habitan una de estas pequeñas casas, en cuya puerta descargan con gran cuidado la máquina de coser, mientras siete u ocho personas vienen a su alrededor a ver.

Cuando llega el alba los dos niños duermen, invertidos sus cuerpos, en un mismo lecho; pero, en cambio, el padre, la madre y la muchacha están haciendo los últimos preparativos para la partida: la madre cose un grueso envoltorio, la hija coloca su ropa en una vieja maleta que ata con una cuerda, el padre está alrededor de la máquina de coser para embalarla lo mejor posible. Llega la luz del día y los embalajes y la máquina son llevados delante de la puerta. Los niños se despiertan y salen en camisa de dormir a la puerta para mirar. La madre les apremia a vestirse. Hay algunos vecinos llegados para saludar a la muchacha que está vestida de fiesta y la rodean. Uno dice: «Búscame un trabajo, que voy yo también.» Otro dice: «Después de las Navidades, me marchó yo también.» «¿Dónde vas?», le preguntan. «No lo sé. Me marchó», responde.

Todos estos vecinos ayudan a llevar los embalajes y la máquina cincuenta metros delante, donde está la parada del coche correo. Allí se encuentran otras siete u ocho personas que esperan. De vez en cuando, se acerca algún nuevo paisano, que aprieta la mano a la muchacha, y después permanece allí, engrosando el grupo.

La muchacha, luego de cierto tiempo, se aleja con la madre y con

otras cinco o seis personas y baja por un caminito campestre. A dos minutos se encuentra el cementerio, pocos metros cuadrados, circundado por un muro como esos otros que hemos visto que dividen los campos gallegos. La muchacha permanece en la verja un momento, se hace el signo de la cruz mientras se oye de improviso, pero aún lejano, el rumor del correo, que está a punto de llegar. Entonces, la muchacha va de prisa hacia la plaza.

La muchacha saluda a sus paisanos, y el padre y la madre cogen los paquetes. La carga de los bultos en el correo se hace de prisa y el padre ayuda al cargador a poner en el techo del correo la máquina de coser. Después, toda la familia sube para acompañar a la hija.

El correo deja a sus espaldas el pueblo y parte hacia Vigo. Sobre el correo destacan, en grande, las palabras «Lugo-Vigo».

El correo está lleno de gente. La muchacha y la madre han encontrado asiento, mientras el padre está en pie y los dos niños están sobre las rodillas de las mujeres.

Tres o cuatro kilómetros después del pueblo, la carretera se hace de improviso difícil; la están arreglando. Hay decenas y decenas de hombres y mujeres que trabajan: unos rompiendo las piedras, otros usando el pico, otros asfaltando. El correo debe ir lentamente, y delante pasan todas las caras de estos trabajadores, todas las máquinas de asfaltar, que parecen pequeñas locomotoras, y los bidones de alquitrán, alineados a lo largo de la carretera. Uno de estos trabajadores es un muchacho de unos veinte años, que busca a alguien dentro del correo; busca a la muchacha. También la muchacha busca al muchacho, con dificultad, porque la separa de la ventanilla otro viajero. El muchacho la ve, y la muchacha le sonríe y dice: «Hola, Antonio.» Antonio se pone al lado de la ventanilla y camina mientras habla con la muchacha. En ambas caras se ve en seguida la profunda simpatía que les une. «Que tengas un buen viaje», dice el muchacho. «Gracias, Antonio», dice la muchacha. «¿Cuándo sales?», dice el muchacho. «Al amanecer», dice la muchacha. La muchacha pregunta al hombre que está sentado al lado de la ventanilla si la deja ponerse un momentito donde está él. «Un momento», dice. El hombre le cede su puesto. La muchacha se asoma a la ventanilla y alarga su mano a Antonio. El la coge la mano y la retiene, teniendo el brazo alzado por fuerza. El correo continúa a brincos. Las manos de los dos jóvenes se deben separar en seguida por la dificultad del trayecto, abarrotado de obreros que trabajan. Cuando Antonio puede, de nuevo coge la mano de la muchacha. El correo está superando el límite de la carretera en reparación y emprende repentinamente su carrera, separando a los dos jóvenes. La curva está tan cerca que el correo desaparece a los ojos de Antonio, que permanece quieto por un instante; después, lenta-

miénté, se dirige hacia su puésto de trabajo. Mientras camina, un obrero da con una piedra nueve o diez golpes en una viga metálica. Es la señal del mediodía, la hora de la comida. Hay bicicletas diseminadas en los márgenes de la carretera. Antonio dice a un compañero que ya está mordiéndolo una hogaza de pan: «Déjame tu bicicleta. Voy y vengo.» Aquél, con la boca llena, le dice que sí con la cabeza, y Antonio coge la bicicleta. Hace corriendo a pie el trozo de carretera en reparación, y después así, vestido de trabajo, con los pantalones rotos y una camiseta sin mangas, salta sobre la bicicleta y parte veloz, tras las huellas del coche correo.

Pronto alcanza el correo, que en la carretera, completamente serpenteante, no puede marchar velozmente.

La muchacha le ve, como una aparición, al lado de la ventanilla, con la cara sonriente y sudando, y como quien sabe que proporciona una bella sorpresa.

La muchacha está ciertamente sorprendida y se lanza hacia la ventanilla. Antonio con una mano logra agarrarse al coche, que así le lleva en su carrera.

«¡ Estás loco !», dice la muchacha. «Te quería despedir mejor», dice el muchacho con fatiga por el esfuerzo que ha hecho. La muchacha le mira con cariño y le da unas palmaditas en la mano al muchacho, que está aferrado a la ventanilla. «Te escribiré», dice el muchacho; pero la llegada de un camión en sentido contrario obliga al muchacho a dejar bruscamente el apoyo y queda en seguida distanciado, mientras le pasa muy cerca, envolviéndole en el polvo y con un poco de peligro, el camión. Apenas ha pasado el camión ve al correo, desde el que la muchacha grita algo que llega confusamente a los oídos de Antonio. Antonio ha frenado la marcha, pero continúa yendo hacia delante, con los ojos fijos en el correo, que ahora desaparece por una cuesta abajo, recta. Al lado de la carretera, sobre un pilón, está escrito: «Vigo, km. 80.»

Encontramos de nuevo a la muchacha y a su familia alineados como soldados delante del cónsul del Uruguay, en su despacho. El cónsul entrega a la muchacha documentos que un empleado le trae después de haberlos firmado, preguntando: «¿Son amigos los de la casa donde tú vas?» La muchacha afirma con la cabeza, mientras el padre responde: «Es el padrino.» El cónsul dice que la muchacha debe firmar tres documentos, y dice a un empleado que encienda la luz. Mientras que la muchacha firma con un poco de dificultad, una mujer de unos treinta años, delgada, no muy bella, pero de cara simpática, alarga una fotografía al cónsul para continuar la conversación con él. El cónsul la mira mientras la mujer dice: «Soy como una viuda, desde hace dos años no sé nada de él.» El cónsul le devuelve la fotografía, diciéndole: «¿Pero si él no la reclama, qué es lo que quiere hacer? Es él quien la debe reclamar. Es

de ley.» La mujer pone un gesto de desconfianza: «Pero él no me reclama. Soy como una viuda. Si voy ahora, llegaré a tiempo; si no, él formará una nueva familia... Todos hacen así.» Mientras tanto, nuestra joven alarga los documentos al cónsul, que interrumpe su conversación con la otra mujer, y aprieta la mano a la muchacha, diciéndola: «Cuando vuelva a Uruguay le harás los vestidos a mi mujer.» Ríe, y ríen también la muchacha y sus padres, dirigiéndose hacia la puerta de salida que el empleado ha abierto. La muchacha y los suyos atraviesan la sala de espera, llena de gente humilde y silenciosa, mientras otro empleado abre la puerta de la calle, hacia la cual se dirigen los nuestros.

Ha caído la noche, y la muchacha, con los suyos, está en el puerto, cerca del gran barco que la llevará a Uruguay. La nave está ya semiiluminada, pero los pasajeros podrán subir solamente dentro de alguna hora. Los nuestros han venido a pasar allí la noche y en este momento están comiendo. Están bajo un cobertizo. Esparcidos aquí y allá vemos también a otros emigrantes. La madre distribuye la comida, que saca de un cesto. El ambiente es ruidoso, porque no lejos están descargando pescado de dos bateles recién llegados. Después de un momento el padre pone cara de asombro. Ha visto a Antonio con su bicicleta, vestido como lo hemos dejado pocas horas antes. También la muchacha le ve y se pone en pie. Antonio también la ve y llega a donde ella se halla. Antonio dice con sencillez. «He pinchado una rueda, si no hubiese llegado antes.» «Has abandonado el trabajo», dice el padre. «Media jornada—dice Antonio—. Mañana, a las ocho, estaré otra vez allá.» La madre también entrega una hogaza de pan a Antonio con queso y salchichón que corta en pequeñas rodajas. Los niños miran a Antonio. Uno de ellos se aleja comiendo. La muchacha mira a Antonio y dice: «Has hecho cien kilómetros. Y ahora tienes que volverlos a hacer.» El muchacho responde: «Haré ajustar los frenos, luego todo irá bien.» Alrededor de ellos hay un imprevisto movimiento de gente debido a la llegada de otra barca de pesca: son hombres y mujeres con grandes delantales y botas de goma que esperan la llegada del pescado para realizar su regular trabajo de descarga y encajonamiento. Los niños se alejan del grupo para ir a ver el vapor que llega; también Antonio y la muchacha se dirigen hacia el lugar de descarga del pescado. Permanecen allí un momento con los niños mirando, pero desean estar solos y lentamente se alejan paseando entre los cajones de pescado que las mujeres con zuecos cubren de hielo triturado.

Es de noche, y Antonio y la muchacha están sentados juntos en una lona oscura. «Debes tener frío», dice la muchacha a Antonio, que tiene puesta solamente su camiseta de trabajo. «No», dice Antonio. Allí, al fondo, continúan los trabajos de descarga del pescado bajo la luz de grandes focos. De vez en cuando llega algún nuevo grupo de emigrantes con su cola de parientes y equipaje. La madre, el padre y los hermanitos

de la muchacha se han acomodado en medio del equipaje. Los niños duermen, y la madre y el padre están quietos, juntos, pero no duermen. «¿Tú no puedes marcharte?», pregunta la muchacha. Antonio responde: «Necesito un año para poder ahorrar el dinero del viaje.» La muchacha: «Si te hubieses declarado antes quizá no me hubiese ido.» Antonio: «Tu padre te hubiera obligado.» La joven: «Si todo va bien, vendrán todos allí dentro de tres o cuatro años.» Antonio: «Yo tendría trabajo en Venezuela, en Caracas está mi cuñado.» La muchacha: «Entonces no te veré más.» El muchacho: «Me verás, me verás.» Y como para reforzar su afirmación, coge una mano de la joven y la atrae hacia sí, besándola, aunque la escena transcurre no lejana de la demás gente. La joven se deja besar. Después se interrumpen porque la madre de la muchacha la llama desde lejos.

Ha llegado la primera luz de la mañana y el barco está a punto de partir. Todos los viajeros están en la barandilla, saludando a los amigos y familiares que están en el muelle. En medio de todos estos viajeros está también nuestra joven; pero no logramos distinguirla entre todo aquel agitar de pañuelos, que hace que todo aquel paisaje humano sea todo igual. El barco se mueve, y los familiares y amigos les siguen en el muelle y en todo el recorrido posible. También Antonio está entre éstos, detrás de los familiares de la muchacha. Monta en su bicicleta y esquivando a la gente llega hasta el final del muelle antes que los demás para ver pasar por última vez de cerca al barco, antes de que se adentre en el mar. Hay niebla y el barco desaparece rápidamente a la vista de todos. Quedan allí, agitando pañuelos y llorando, amigos y parientes, mientras que el eco de la sirena de a bordo, que ha solemnizado la partida, se debilita y desaparece. Los familiares de la joven, con la cara llorosa, vuelven atrás, y también Antonio, con su bicicleta. «Yo debo marcharme en seguida», dice a los padres de la muchacha, que de vez en cuando se vuelven para mirar, en vano, hacia la niebla que ha tragado el barco. Y hace un gesto de saludo, monta en la bicicleta y parte con su acostumbrado pedaleo hacia la salida del puerto.

LA CAPEA

En toda España, mientras están próximos los fríos y se termina de pisar la uva, en las ciudades y en los pueblos, se celebran las últimas fiestas del año. Hasta el más pequeño pueblo de España, el más escondido, tiene su fiesta anual. Aún no ha llegado el alba, cuando los jóvenes del pueblo, en este lugar de Andalucía, escriben en las paredes de las casas donde viven las jóvenes amadas sus declaraciones de amor, sus serenatas, y alguna que otra vez las ofensas contra las que les han rechazado. Cuando llega la luz del día las muchachas abren sus balcones y gozan o sufren con las frases que leen. Después se visten de fiesta y van a la iglesia, donde se reúne todo el pueblo. Y aquí vemos a una muchacha muy linda que las miradas de dos jóvenes siguen siempre; pero toda la iglesia está llena de estas miradas de mujeres y hombres en medio del incienso, de los cantos, del sonido del órgano. Son estos dos mismos jóvenes los que nosotros vemos participar, el uno contra el otro, en el juego que se llama «La Cuerda», al cual, desde las ventanas y balcones, asisten, después de la misa, las mujeres del pueblo. Desde partes opuestas de una larga calle están los rivales, que a una señal se lanzan unos contra otros disparando fuegos artificiales que dejan largas colas blancas de humo y que van dirigidos como proyectiles contra los adversarios. Bajo los ojos de las muchachas, los jóvenes dan prueba de valor afrontando a los adversarios para llegar primero al centro de la calle, donde hay un cesto de preciosos manjares como premio. Pero el premio es grande, así como la sonrisa de las mujeres que miran. Alguno se pone temerariamente sin rodeos una bandolera de fuegos artificiales, y así corren hacia el enemigo, estallando todo como una rueda de fuegos artificiales. Los ojos negros de la muchacha que hemos visto en la iglesia ha seguido el desarrollo de la estruendosa competición, y ha visto entre el humo a sus dos cortejadores, que se han distinguido entre todos los demás.

Pero la hora más bella, la hora más esperada, es aquella de la capea. Cuando el sol no quema tanto, la gente comienza a marchar hacia el lugar

de la capea, la anual corrida de toros del pueblo. Hay muchachas escogidas para que iluminen con su juventud el palco presidencial, y ahora las vemos mientras se están vistiendo con la peineta y la mantilla. La banda del pueblo atraviesa las calles con sus pasodobles para indicar que dentro de poco empezará la capea. Desde los pueblos vecinos llega gente en todos los medios: bicicletas, motos, coches tirados por caballos, viejos coches correo. Los del pueblo, todos con su silla, llegan al espacio donde se ha hecho una pequeña plaza, construída provisionalmente con carros de labranza. En un lado han hecho un palco, que amenaza derrumbarse, para las autoridades. Para entrar en la plaza es necesario pagar, y muchos se quedan fuera, y los guardias deben correr de un lado a otro para impedir que entren clandestinamente. Mirad a esta viejecita, de ochenta años por lo menos, que no tiene el dinero para entrar, y entonces se pone con astucia detrás de alguno y logra entrar, y trota, toda feliz, en busca de un puesto. Mirad a este niño, en cambio, que trata también de entrar, pero en seguida le pillan y le echan atrás. Los dos jóvenes que ya conocemos están allí, muy cerca del ruedo, y se cambian alguna mirada hostil entre sí y muchas con la muchacha que aman, y que está feliz allí, en un carro, en medio de sus amigas. En un viejo automóvil llega el torero, completamente vestido para la fiesta, con su cuadrilla, y he aquí que hacen la entrada tradicional en la arena, solemne, como si fuese en la plaza de toros de la capital, después de haberse hecho el signo de la cruz. Alguno trata de ver a través de las rendijas de los dos cajones que guardan al toro, pero el encargado les echa de allí. Suena el clarín y un mozo a caballo da una galopada alrededor del ruedo. Ha dado el «fuera», y en seguida se abre el primer cajón, y sale el toro, que primero echa una ojeada alrededor, asombrado de aquella luz y de aquel clamor, y después se lanza contra la primera capa. La viejecita, colocada entre las ruedas de un carro, mira la escena, y no se descompone cuando el toro, pasándole cerca, levanta con sus patas nubes de polvo que la envuelven. También el niño que quería entrar clandestinamente lo ha conseguido. He aquí, que llega precisamente en el momento en que el toro sale al ruedo entre los clamores de todos. El niño se está colocando en un carro; pero cuando casi se siente ya en el paraíso, una mano le agarra: es la de un guardia, que le empuja y le echa fuera. El torero ha comenzado sus evoluciones y se oyen los «Olé» que rubrican sus faenas, mientras el niño, apoyado en un muro, sufre todavía más escuchando desde lejos estos signos de la corrida. Pero he aquí un hecho imprevisto: un jovencito, mal vestido, salta al ruedo con un trapo rojo en la mano y corre hacia el toro. En seguida el torero y su cuadrilla atacan al espontáneo para echarle fuera. El resiste y hay puñetazos; el público está de parte suya, y grita a su favor y aplaude; también la muchacha cortejada aplaude con entusiasmo, y así la ven los dos enamorados. Y entonces uno de ellos da un salto también y entra en el ruedo, deseoso de merecer el homenaje

de la muchacha. El otro no quiere ser menos y con otro salto llega también a la arena. Ahora el torero y los suyos deben sufrir también la situación porque el toro no da tregua a ninguno. En poco tiempo, otros tres, cuatro, cinco jóvenes de todas las edades saltan dentro del ruedo, y quién con la chaqueta, quién con un pañuelo, tratan de llamar la atención del toro hacia sí. La fiesta se ha convertido en una algaraza. Los dos jóvenes rivales se afanan más que los otros. Uno rueda por tierra, el otro por poco no es alcanzado por el cuerno y se salva saltando la barrera para después volver a entrar inmediatamente. El torero y los suyos tratan de realizar su faena en medio de todo aquel jaleo, y los banderilleros colocan sobre la grupa del toro sus banderillas. En el momento más alto de la algarada se rompe una parte del palco, y una decena de personas caen a tierra, afortunadamente sin ningún daño. Pero en la confusión queda un pequeño boquete abierto en el «tabique» que rodea la arena, y el toro, precisamente en el momento en que el torero ha tomado el estoque, huye fuera con un galope furioso. El susto por el instante es grande. Pero el toro toma el camino del campo como un bóvido, mientras las banderillas se agitan sobre su grupa como flores. En seguida se pasa del susto a la caza: muchos se lanzan a pie en persecución del toro. Los cordones, detrás de los cuales se mantenían a los que no podían entrar, son rotos, y también ellos se van tras las huellas del toro. Dos guardias civiles a caballo galopan en su persecución; el torero y los suyos saltan sobre su viejo automóvil, y van, junto a otros tres o cuatro automóviles, por todos los caminos posibles. Uno monta en una bicicleta, otro en una moto. Y el toro atraviesa como el viento un grupo de gente, entre los cuales hay mujeres y niños que apenas tienen tiempo de echarse a un lado, y se adentra cada vez más en el campo, mientras llegan los primeros perseguidores. Uno de nuestros jóvenes ha cogido un bastón y ha pasado delante de la muchacha—que ha permanecido en el carro para ver desde lo alto la escena—con aire del que se cree será el primero en alcanzar al toro; el otro, en el estribo de un automóvil como un capitán en su nave, de pie, para demostrar que será el primero en llegar y afrontar a la bestia. En la inmensa llanura, poco antes desierta y silenciosa, no se ven más que pequeños grupos de personas que corren: niños que corren, corren pero ni siquiera saben dónde, automóviles diseminados que se deben parar porque están delante de un seto o un pozo. En el declive de una pequeña colina parece que tropiezan con el cielo, mientras corren en fila india. Los guardias civiles que aparecen sobre una pequeña altura, después desaparecen en el precipicio; gritos de llamada corren desde un campo a otro. «Por aquí, por aquí», grita uno, y su voz resalta metálica en la inmensidad de los campos. Otra voz se oye llamando un nombre. Mientras nuevos perseguidores corren por los campos tras las huellas del toro y preguntan a un campesino que trabaja en el campo dónde está el toro. El campesino hace un gesto que quiere decir «allí de-

lante), y los perseguidores continúan la carrera. De pronto, nítidos en el aire, suenan dos, tres, cuatro disparos de fusil. Rápidamente los perseguidores se paran, como en espera de una confirmación. «Lo han matado», dice uno.

Y he aquí, a todos volviendo, a los niños y a los demás. Vuelve la moto, el automóvil con uno de los enamorados, el segundo enamorado con su bastón en medio a un grupo de otros jóvenes.

En el pueblo se han olvidado ya del toro, por lo menos los que están bailando. Después de la capea, frustrada o no, en medio de la plaza, se baila. El baile ha comenzado ya y poco a poco la muchedumbre se hace más grande al llegar todos aquellos que vuelven de la caza del toro. «Lo han matado», dice uno. Una pareja se para y pregunta dónde. «Hacia la fuente» dice otro. El baile que se ha detenido por un instante comienza de nuevo y he aquí que llegan, uno después del otro, los dos jóvenes enamorados. Uno, con el pañuelo, se sacude el polvo de los zapatos. El otro se quita un zapato y lo vacía, aprisa, de la tierra que corriendo a través de los campos le ha entrado dentro. Pero la muchacha de la que están enamorados está allí, siguiendo admirada con la mirada al bailarín que también los otros admiran. Ella es feliz cuando una vez continuado el baile viene a sacarla para bailar. Mientras tanto, por el micrófono, uno de la orquesta dice que «la señorita María Pérez, nuestra paisana, que ha estado un año en Madrid, va a cantar la canción «La reina de las Mercedes». Y mientras las parejas bailan y hemos visto las miradas desilusionadas y airadas de los dos jóvenes enamorados a los que la muchacha no se digna ni siquiera mirar una vez, y la canción «elegante» de la campesina se esparce en el aire, descende la noche, y en una calle solitaria donde hemos visto escritas las palabras de amor en la pared de la casa de la muchacha que conocemos, una mano borra las frases de amor y escribe encima: «Zorra».

SOLDADO Y CRIADA

Cuando se acerca el verano, en los muros y en las paredes, se lee en grandes caracteres: «Vivan los quintos», Viva la quinta del 55». En trenes marchan los quintos hacia sus destinos, con sus cantos y con esa exagerada alegría que trata de esconder la tristeza por las familias y por todas las demás cosas queridas que se dejan para largos meses. Llegan a las estaciones de las grandes ciudades y aquí comienzan a sonar las primeras órdenes militares. Un suboficial les recibe, les forma, y por vez primera, un poco silenciosos, un poco asustados, atraviesan las calles de la ciudad para llegar a los grandes cuarteles.

Aquí comienza enseguida la dura vida del recluta, ¡uno, dos, uno, dos!, la instrucción en el patio de armas. Después, los ejercicios de tiro en el exágono de metal que figura un hombre, donde los disparos, dirigidos por las órdenes acosantes del oficial, se aproximan cada vez más al centro del blanco, el corazón del exágono. Después las cotidianas lecciones de escuela para aquellos que han llegado de sus pequeños pueblecitos sin saber leer ni escribir: *a, e, i, o, u*. Ahora nos hallamos en una gran aula llena de soldados que están comenzando el primer curso elemental. *A, e, i, o, u*, repiten todos a la vez mientras el maestro señala con el dedo una a una las vocales. Después el maestro indica con el dedo una vocal cualquiera y rápidamente los soldados deben decir qué vocal es. Del coro se pasa a la interrogación individual con un ritmo siempre rápido. «Tú», dice el maestro. Y se levanta Pablo, un soldado enjuto, alto, de cara un poco estática pero no estúpida. El maestro señala con el dedo rápidamente y también con rapidez Pablo debe identificar en voz alta la vocal. Durante el ejercicio se equivoca una vez y todos intervienen a una sola voz para corregirle.

Después llega la tarde y los reclutas vuelven al acuartelamiento des-

pués de la hora de paseo. Todos están aún un poco atontados dentro de sus uniformes. Hay alguno que llega con un poco de retraso y reconocemos en el último de éstos, a Pablo que llega corriendo.

Después de pocos minutos, mientras suena el toque de silencio, Pablo, desnudándose aprisa y metiéndose en la cama, dice a su vecino: «Toma un cigarro», y le da un papel y un sobre. «Escribe, dice, si nos veremos el domingo». El otro de mala gana se pone a escribir. Pablo dicta la dirección: «María Huéscar, calle Balmes, 212, Barcelona». «¿Qué la digo?», pregunta el soldado. «Lo que quieras. Que me gusta». El otro comienza a escribir mientras algún que otro soldado en ropa interior pasa por el corredor del dormitorio.

Ha llegado el domingo, la hora de la salida y Pablo se está arreglando precipitadamente, con alegría, en medio de otros que cantan y gritan, de alguno con las botas sin el uniforme, de otros que se limpian vigorosamente las botas, de otro que pide prestado el cepillo al vecino que se está arreglando. Pablo sale del cuartel casi corriendo, frenando algo el paso al cruzar por delante del centinela, para después emprender de nuevo su ligero caminar.

Siempre a este paso ha llegado a la calle Balmes. Mira a una ventana, se pone a pasear arriba y abajo. De cuando en cuando se limpia las puntas de las botas frotando la derecha en la pernera izquierda y viceversa. Finalmente llega la muchacha: tiene veinte años, es más bien pequeña, simpática y segura de sí misma. Tiene en una mano un recipiente vacío para la leche. El va a su encuentro y ella dice: «Vd. es Pablo». «Si, soy Pablo», dice él. «Voy a por la leche y vengo enseguida» dice ella con una sonrisa. Y corre a un establecimiento próximo de donde sale inmediatamente con el recipiente lleno de leche y con pasitos ligeros pero cuidadosos para no verter ni una sola gota. Entra en su portal después de haber enviado una sonrisa a Pablo que la mira encantado por lo des-
envuelta y simpática que es. Después sale casi enseguida y los dos se marchan juntos. «¿Dónde quieres que vayamos?» dice ella. «No sé. No conozco todavía Barcelona» dice él. Y ella: «Vamos a los jardines y así saludo a una amiga de mi pueblo». El está un poco embarazado, ella en cambio está siempre segura de sí. Ella dice: «¿Cuándo me ha visto por primera vez?». El responde: «El otro domingo». Ella: «Ví que me seguía un soldado, pero me parecía más pequeño». «No, no, era yo», dice él batiendo la mano sobre el pecho. Así atraviesan esta calle dominical, tranquila y silenciosa.

Pero después entran en una calle llena de gente y él, en el primer bar que tiene venta de helados a la calle, le ofrece uno, ella acepta y ambos prosiguen juntos su camino comiendo el helado con cucurucho.

Un muchacho de unos doce años distribuye unos prospectos y da uno a Pablo. «¿Le gusta el cine?» dice la joven. «Sí», dice Pablo embarazado. «¿Qué ponen?» pregunta la joven. Pablo no sabe que responder e instintivamente alarga el prospecto a la muchacha. La joven sin ni siquiera cogerlo, echa una ojeada al folleto, y dice con su acostumbrada desenvoltura mientras continua chupando su helado: «Bonita, Ya la he visto. ¿Vd. la ha visto también?» Pablo no sabe que contestar, está un instante incierto y después responde «no».

Mientras, han llegado a los jardines totalmente llenos de sirvientas y soldados de Barcelona. María encuentra enseguida a su amiga que está con un grupo de otras muchachas que charlan con unos marineros y hacen las presentaciones de modo bastante popular. El ambiente está lleno también de vendedores de dulces, gaseosas, pequeños objetos. En dos puntos diversos hay corros de sirvientas y soldados alrededor de algún cantor popular. Uno tiene organillo, el otro una guitarra; ambos venden los prospectos con el texto de las canciones. El eco de la canción que está tocando el organillo llega hasta el grupo de Pablo y María. Y las muchachas empiezan a canturrearla y María dice: «Escucha: El romance de la pequeña ciega». Entonces las muchachas se aproximan al organillo que está terminando de tocar «El romance de la pequeña ciega». Después de esta canción, el organillo ataca inmediatamente con otra canción mientras otro hombre va y viene vendiendo los prospectos con el texto. Pero en este momento llega una muchacha, otra sirvienta, que casi grita: «Pena, penita, pena». Están tocando «Pena, penita, pena» y arrastra al grupo hacia el otro tocador que está precisamente tocando con la guitarra «Pena, penita, pena», y cantándola mientras una mujer vende el folleto con la letra. Pablo sigue todo este movimiento estando siempre al lado de María, que al correr de un lado a otro le coge por la mano. Pablo sonrío totalmente contento y dice: «Tutémonos». «Eh, vas deprisa», dice ella. Ríen los dos mientras la vendedora de folletos, precisamente en este momento, ofrece a María uno de éstos. María va a sacar el dinero de su bolso, pero él se adelanta y da la peseta a la vendedora. También otros compran los folletos y siguen la canción teniendo todos los ojos en el papel. La canción termina y Pablo invita a María a beber una gaseosa en el kiosco allí próximo donde encuentran otras muchas parejas. María abre el folleto y con mirada curiosa pasa de un punto a otro de éste. «Qué palabras más bonitas», dice. «Bonitas», dice mecánicamente Pablo, pero se nota su embarazo. María lee los primeros versos de una canción y le pregunta si le gustan. Él contesta que sí. Después, ella pregunta que cuál es la canción que le gusta más entre todas las que hay en el papel. Pablo tiene en la mano el papel, su pobre mirada naufraga entre aquellos títulos y aquellos caracteres que para él son totalmente desconocidos. Ella acerca su cabeza a la de Pablo y comienza en voz baja a canturrear una canción del papel. Ella le dice que le gustaría saber

escribir unas palabras tan bonitas como aquellas de las canciones, pero que no ha podido continuar estudiando. El camarero llega afortunadamente en este momento con las dos gaseosas. Pablo tiene siempre en las manos el folleto de las canciones y se siente extraviado. Paga en seguida al camarero las dos gaseosas. Por hacer algo toma de las manos del camarero las dos gaseosas que iba a verter en los vasos, y las sirve él.

Pero uno de aquellos vendedores de papелitos en los cuales está impreso el porvenir de las personas, y que va y viene, como hemos visto, entre las parejas, ofreciendo sus profecías que un pajarito con el pico saca de vez en cuando, entrega su mercancía a los dos enamorados. «Está escrito cuándo os casaréis.» Tanto Pablo como María niegan con la cabeza, no lo quieren saber; pero el vendedor insiste, dice que sólo cuesta una peseta, una pesetita, que todos lo compren, que sus papeles dicen solamente la verdad. Y María se ríe, y como el vendedor ya ha obligado a coger el papel al pajarito, María alarga la mano aceptándolo, y lo abre, leyéndolo inmediatamente. Son solamente dos líneas escritas en grande, que dicen: «Os casaréis dentro de un año, seréis felices y tendréis cuatro hijos.» María ríe de nuevo y pasa el papel a Pablo, que en seguida, precipitadamente, da la peseta al hombre, que se marcha, y él queda allí con los ojos sobre el horóscopo, sin tener el coraje de alzar la mirada, mientras María dice: «¿Lo crees?» Pablo no contesta y parece que piensa qué es lo que dice aquel papel, y al mismo tiempo no tiene el valor de decir que no sabe leer. María le cuenta que a una amiga suya le sucedió todo aquello que decía el papel, que era distinto de éste porque decía que se casaría con un viudo en el mes de mayo, y sucedió precisamente así. María se ríe y también él se ríe estúpidamente. Después se levanta y dice que va a pagar las gaseosas, así podrán dar un paseo hacia el puerto. Y María le pregunta todavía si lo cree y él contesta afirmativamente con la cabeza, pero evita la respuesta y repite que va a pagar al camarero las gaseosas. Y se aleja llevando el papелito en la mano. Llega al kiosko, paga al camarero, quisiera preguntarle qué es lo que dice el papel, pero ve que tres o cuatro soldados entran en el urinario público allí próximo. Entonces les sigue y pregunta a uno, que conoce, qué hay escrito en el papel. Aquél da una ojeada al papel y riendo a carcajadas dice: «Dice que te casarás con una mujer y que el mismo día de la boda te engañará.» Pablo, como todos ríen, ríe también él y dice: «No, no; dime qué pone.» Otro soldado coge de las manos de su compañero el papel y lee él porque quiere hacerse el gracioso: «Tu mujer cambiará de sexo después de un mes y te dejará plantado.» Todos ríen otra vez, y en este momento entra un oficial, delante del cual todos interrumpen la risa, hacen un marcado saludo y salen después de haber restituido el papel a Pablo. El oficial se aproxima al urinario. Pablo, que ha efectuado también él su riguroso saludo, sale con el papel en la mano. Está humillado.

Lo mira. Después mira donde está María, que lee las canciones. A

María en este momento se aproximan dos o tres de aquellas amigas que primeramente escuchaban juntas las canciones, y todas reunidas leen las palabras de una canción. Pablo, después de permanecer allí mirando algunos segundos, con una cara melancólica, lentamente, en vez de ir hacia la joven, va hacia la parte opuesta, tratando de esconderse a la posible mirada de María. Tuerce en seguida a la derecha, continuando con un paso lento y descontento, con las manos caídas detrás, en la espalda.

L A S H U R D E S

Esta es Extremadura, la carretera que va hacia las ciudades de Cáceres y luego a Plasencia. Vemos campos y campos llenos de bellotas, que sirven para comida de los cerdos. Encontramos, por cierto, campesinos con innumerables grupos de puercos; vemos también rebaños de ovejas, más numerosos que en las demás regiones de España; pastos cerrados por muros, desde los cuales despuntan las cabezas de los caballos o de las mulas, y de vez en cuando, visiones fantásticas de gigantescas peñas en medio del campo. Nosotros vemos esto recorriendo el camino en dos grandes «jeeps», detrás de los cuales van enganchados dos pequeños remolques. En los «jeeps» hay siete jóvenes, tres muchachas y un sacerdote de unos treinta años. Van vestidos de «camping» todos, incluido el sacerdote. Luego de cierto tiempo abandonan la carretera asfaltada y se adentran por un camino más difícil, que lleva hacia la montaña. El paisaje se hace más selvático. Ahora pasan a través de un pequeño pueblo, después del cual el camino resulta aún más difícil, pedregoso y lleno de polvo. Los «jeeps» en la cuesta arriba deben frenar y proceder con cautela. El paisaje se hace cada vez más desierto de hombres y de casas. Los dos «jeeps» se paran de repente cuando se ve venir hacia ellos un extraño cortejo fúnebre, compuesto por cinco personas, dos que llevan, uno por cada lado, una caja de muerto, y detrás, una mujer y otros dos hombres. Nuestros viajeros se descubren, el funeral pasa, y ellos emprenden de nuevo la marcha subiendo por la cuesta, en la que sólo encuentran a un hombre sobre un burro que les mira con cierto estupor. Finalmente, resalta un signo de vida allí en alto, entre piedras y árbo-

les: dos o tres techos y un campanario. Los cochés se detienen, los viajeros descienden. Han llegado a la meta. Inmediatamente se descargan sacos y tiendas, y comienzan a plantar un campamento con dos tiendas en un pequeño bosque. Les vemos ahora mejor: son jóvenes españoles, todos ellos alrededor de los veinte años, que se ponen a trabajar enérgicamente. Después, un grupo de ellos deja el campamento, que los demás están ultimando, y se dirigen hacia el pueblo vecino.

Pronto llegan a la primera casa. Hay silencio, y sus recias pisadas resuenan en las piedras de una callecita vacía, silenciosa, a lo largo de la cual corre un arroyuelo de agua. Las casas son bajas, sin chimenea, y más que habitaciones humanas parecen ser refugios para los animales. Los cuatro jóvenes, entre ellos una muchacha y el padre, continúan adelante, volviendo la cabeza a uno y otro lado, tratando de ver a alguien. He aquí a alguien, bajo un umbral, pero apenas ve a los forasteros se retira dentro y poco a poco cierra la puerta. Más adelante, una mujer, en medio de la calle, queda durante un instante quieta, mirando a los forasteros, después se vuelve y desaparece. Más adelante, de una casa sale un asno, y en seguida, detrás de él, un viejo, el cual se encuentra de frente a los forasteros y no puede evitarles. El padre le da los buenos días y le pregunta dónde se halla la guardería. El viejo tarda en comprender. Entonces el padre le pregunta que dónde se encuentran los niños; el viejo comprende en seguida y le señala que camine siempre derecho. El grupo continúa por estas callecitas pedregosas, sucias, de puertas cerradas, con alguna que otra gallina, de algún saco de castañas delante de una puerta. Ahora encuentran a dos campesinos, montados en sendos asnos, que contestan al saludo con desconfianza. En un pequeño ensanche hay cinco o seis hombres de varias edades, que interrumpen su conversación y vuelven todos la cara hacia los forasteros. Al saludo corresponden con un murmullo, ninguno sonríe. Todavía otra vez el padre pregunta dónde está la guardería, y uno responde en seguida, con precisión: «Allí, más adelante.» Por cierto, llegan ya a nuestros oídos las voces de los niños, que rompen la atmósfera misteriosa y grave. Estos hombres están vestidos muy mal, pobremente, y tienen un aire un poco atontado. Uno de los estudiantes, que está encendiendo un cigarrillo, ofrece el paquete a estos hombres, pero ninguno alarga la mano para coger el cigarrillo que el joven ofrece. El muchacho pregunta: «¿No fuma nadie en Nuñomoral?», y tiende la cajetilla a estos hombres. Después, como ninguno se mueve, saca él mismo los cigarrillos y da uno a uno a los hombres, que lo aceptan, y él con su mechero enciende sus cigarrillos menos a uno, que se lo guarda en el bolsillo. Fuman y parecen un poco más cordiales. «¿Cuántos sois en el pueblo?», pregunta el padre. Los hombres se miran entre sí y uno dice: «Mil.» Otro interviene y dice: «No, somos menos.» El que ha dicho «mil» añade: «Muchos están fuera, en Castilla.»

Con un saludo, al cual ahora responden, los nuestros emprenden de nuevo su camino y pasan delante de la iglesia, un edificio en málsimas condiciones, en una elevación de tierra que ni siquiera tiene escalones para unirla con la calle. Se hallan inmediatamente delante de una casa distinta a todas las demás porque tiene puerta y ventanas, así como chimenea, y es bastante amplia. El griterío de los niños crece y cuando nuestros forasteros entran se encuentran de repente delante de unos treinta pequeños que juegan: pero son niños mal vestidos, despeinados, muchos de cara enfermiza. En seguida aparece una monja, a la cual se acerca el padre, mientras nuestros jóvenes están frente a los niños, que a la vista de los forasteros han quedado todos mudos de repente. Todos aquellos ojos de los niños miran a los forasteros asustados; pero los jóvenes, y sobre todo la muchacha, se ponen a jugar con ellos. «Continuar jugando», dicen y sonríen, y sacan de sus bolsillos algún caramelo, que distribuyen. El padre dice a la monja: «Estaremos aquí una semana. Le echaremos una mano.» La monja responde: «Hacen falta años. Yo estoy aquí desde el cuarenta y todavía está todo por hacer.» «Estos son estudiantes—dice el padre, indicando a los jóvenes—. Hay otros tres abajo, en el campo. Hemos traído el cine para los niños y un poco de ropa», dice un estudiante. «Ninguno ha visto el cine en Nuñomoral. Ni yo tampoco lo he visto nunca. Aquí todos terminan tontos», y sonríe suavemente con su cara buena pero cansada. La muchacha se ha sentado en el suelo en medio a un grupo de niños a los que hace reír: los niños se han familiarizado con ella mientras el padre y los estudiantes sacan de un gran saco zapatos y ropa blanca. Algunos niños se han quedado aparte del grupo jugando por su cuenta con monótonas diversiones. Uno golpea continuamente con una piedra sobre un pedazo de papel, mientras otro, a cuatro patas, sopla a una hoja de árbol, persiguiéndola como si fuese un gato. Casi todos chupan los caramelos, menos uno que lo tiene en la mano mirando lo que hacen los demás con dos ojos muy melancólicos. La muchacha lo nota y se aproxima a él para que coma el caramelo, pero el niño cierra la boca cuando ella trata de metérselo en la misma. Le hace ver un *T B O* con el que ha hecho reír a los demás, pero él no sonríe. Se acerca también el estudiante moreno con gafas, que se inclina cerca del niño e imita los movimientos de un animal para hacerle reír. Pero el niño no se ríe. Le rodean también los otros, comprendido el padre, y compiten cómicamente con la misma intención de hacer reír al pequeño. El padre canta una cancioncita que corean los demás, pero inútilmente; el niño, que se llama Jesúsín, permanece impassible. Jesúsín se llama. Su nombre es pronunciado de todas las formas, pero en vano. El padre coge una de las camisas que la monja ha puesto sobre la mesa y se la pone a Jesúsín para familiarizarse con él, para ayudarle a romper su dramático mutismo; todos ríen al ver el niño con la camisa blanca, que le va demasiado corta, y Jesúsín se mira también él, bajando después la mirada a tierra. El sonido de una campanilla inte-

trümpe la escena: es la hora en que los niños vuelven a sus casas. Algún familiar les viene a recoger; es toda gente silenciosa, mal vestida, que está aún más silenciosa que de costumbre porque hay forasteros. La monja da a las madres un poco de aquella ropa que le ha entregado el padre, jabón y, también, alguna caja de polvos de talco. Una agita la cajita de los polvos y éste sale formando una nubecita blanca y la mujer no comprende lo que es, y la monja se lo tiene que quitar de las manos y se lo sustituye con un paquete de bizcochos diciendo: «Esto lo puedes comer, pero esto no.» Y mira al padre, como diciendo: «Así están las cosas por aquí.»

Todos se van, también el padre con los estudiantes. «Hasta mañana», dice el padre a la monja.

Pero Jesusín se ha quedado allí. «Su madre viene siempre la última o no viene», dice la monja. El estudiante moreno con gafas está a punto de irse con los otros, pero vuelve atrás. «Le acompaño yo», dice a la monja. Coge de la mano a Jesusín y le dice: «Te llevo a casa.» Le indica: «¿Por aquí o por aquí?» El niño indica con un movimiento de la cabeza a la derecha y el estudiante se dirige en aquella dirección. Recorren juntos un trozo de camino y el estudiante al ver aquellos piececitos descalzos sobre aquellas agudas piedras le dice: «¿No te haces daño?» Jesusín con un gesto dice que no. Después de algún tiempo el niño estira de la mano del estudiante para que cambie de dirección y caminan por una senda de las afueras del pueblo. De vez en cuando el estudiante da una ojeada al niño, como queriéndole comprender; el niño mira siempre de frente. Después, un rumor en medio del sendero obliga al niño a dar un pequeño salto hacia un lado. «¿Qué ocurre?» «Una víbora», responde el niño. «¿Tienes miedo?» «No.» «Sube en mi espalda», le dice el estudiante, y se agacha en seguida, invitándole a subir. Y como el niño permanece quieto, se lo carga casi violentamente sobre sus espaldas. Se vuelve a mirar a Jesusín y ve que su sombrero de paja molesta con su ala la cara del niño, pero éste no dice nada. Entonces él hace algunos movimientos con la cabeza para frotar más la cara del niño, pero en Jesusín no se adivina ni la más ligera sonrisa.

Llegan hasta un grupo de tres, cuatro o cinco casuchas. Jesusín indica con un gesto que han llegado. Hay dos o tres personas delante de las casas, vestidas peor aún que las otras. Una arregla un par de zapatos, otro está sentado en tierra y una mujer está intentando meter dentro de una casucha a un cochinito.

La casucha de Jesusín es una estancia baja y semioscura, sin lechos, con dos sillas de paja, un botijo en una ventana y un cajón en un ángulo. No hay chimenea y la estancia está llena del humo de una hoguera que se está extinguiendo en medio de la estancia. El estudiante descarga de sus espaldas a Jesusín después de haber mirado en torno suyo con mudo

éstupor. Después vuelve al umbral y pregunta al hombre sentado en tierra si no hay ninguno de Jesús. «Está la madre», dice. El estudiante mira en torno y el hombre continúa: «Ha ido a por leña.» «Yo le echaré una ojeada», dice la mujer, interviniendo al comprender la pregunta que hay en los ojos del estudiante. El forastero saca del bolsillo tres caramelos, los ofrece al hombre sentado en tierra y a la mujer, que se los comen en seguida. Jesús esta vez se lo deja meter en la boca. «¿Te gusta?» El niño no responde. El estudiante echa una ojeada a aquellas tres criaturas silenciosas que chupan los caramelos y después dice: «¿Por qué no hacéis chimenea en vuestras casas?» El hombre, que continúa sentado en tierra, responde: «El humo va bien para las castañas.» «Pero os seca los pulmones, os hace morir antes», dice el estudiante. El hombre le mira sin comprender. «Adiós, Jesús, hasta mañana.» El estudiante da un cachete afectuoso a Jesús, le sonríe, espera un momento a que también él responda con una sonrisa, le hace tres o cuatro muecas, pero después, al ver que todo es inútil, se va sendero abajo, volviéndose dos veces para saludar al pequeño, que destaca allí, sobre el negro de la puerta de la casucha, siempre inmóvil, sin sonreír, pero siguiendo con la mirada al estudiante.

Al día siguiente los estudiantes y el padre se encuentran en un campo donde preparan una rústica pantalla para proyectar el cine. Hay algún que otro niño que está observando, y, más lejano, algún adulto. La estudiante está rodeada de tres o cuatro niños, con los cuales juega alegremente. El padre, en mangas de camisa, ha trepado a un palo y está clavando clavos. Los demás se afanan por ayudarle. La estudiante tira una pelota de goma contra un muro y compite con los niños para cogerla cuando rebota en la pared. Terminan rodando por el suelo y la muchacha y los niños se abrazan riñendo en broma, y el abrazo se transforma a menudo en un abrazo cariñoso, en un beso que la muchacha da maternalmente a sus pequeños rivales de juego. El estudiante con gafas llega en este momento trayendo para todos agua para beber y se detiene casi en seguida asombrado: allí, a pocos pasos, semiescondido entre los matorrales, está Jesús, que mira aquella escena afectuosa entre la estudiante y los niños. Como uno que cree observar sin ser observado. El estudiante le llama: «Jesús.» El niño se vuelve como cogido «in fraganti». Permanece quieto un instante, después escapa con toda la velocidad que le es posible. El estudiante le ve correr por el sendero, le sigue con la mirada hasta que desaparece entre el verde, mientras a sus espaldas crecen los gritos de los niños que juegan con la muchacha y los golpes de martillo del padre.

Llega la noche y en lugar escogido todo está preparado para hacer ver el cine a Nuñomoral. En la penumbra resalta el blanco del telón. Se ven llegar, en silencio, como si fuesen a la iglesia, a los habitantes de Nuñomoral, alguno con su silla. Y los estudiantes los guían para que

se coloquen delante de la pantalla. Se han puesto algunas tablas en las piedras, pero no todos caben y algunos están de pie, otros se sientan por tierra y hay dos o tres en un árbol. Llega también la monja, dos padres y dos personas que revelan ser burgueses pero que han vivido largamente en aquel pueblo adquiriendo algo de su vida selvática. La luna ilumina algunas caras. La estudiante se ha sentado al lado de un grupo de muchachos, y el estudiante con gafas, próximo al proyector, hace de operador. Jesúsín llega con su madre y con los ojos busca a alguien. Busca al estudiante con gafas, y cuando le ve, al lado de la máquina, fija sus ojos en él hasta que comienza el espectáculo. Aquel imprevisto rayo de luz blanca que parte de la máquina y llega a la pantalla hace cesar de golpe aquel cuchicheo que había y todos están con la mirada fija delante de sí. Nosotros vemos ahora muchas de estas caras, de niños, de viejas, de esta gente que vive una brutal vida. El sonoro invade el aire y comienzan en la pantalla a aparecer las imágenes: es un documental sobre la vida de los animales que muestra las fieras de la selva, desde el maravilloso papagayo de mil colores a la serpiente de cascabel, y al león y al tigre, que avanza amenazador. Las caras de estos primitivos espectadores señalan como un electroscopio las variaciones de la emoción, el estupor y el miedo. Jesúsín se arrima a su madre como queriendo ser protegido cuando el tigre salta hacia delante y el sonoro propaga su espantoso rugido. Inmediatamente después del documental se pasa a la parte cómica y Charlot llega con sus carreras en *La calle de la Paz*. Al principio parece que la comicidad no llega a estas criaturas, lejanas del mundo, pero de improviso se escucha un inicio de risa, después un poco más fuerte y finalmente estalla una carcajada entera, llena. Todos ríen, también la monja. Pero Jesúsín no ríe. Tiene siempre la mirada en el telón como todos los demás, pero no ríe. El estudiante de gafas ha dejado por un momento su tarea a un compañero y permanece en la oscuridad para echar un vistazo a Jesúsín. No, Jesúsín no ríe, pese a que todos los demás, ya confiados, se dejan arrastrar por las continuas risas. Vuelve corriendo a su puesto porque la película está a punto de terminar. Vuelve la luz, y todos se miran como venidos de otro mundo. Están quietos, en silencio, no saben qué hacer. Entonces el padre grita: «Ha terminado. Mañana por la noche haremos otro espectáculo. Hasta mañana.» Todos se alzan y comienzan lentamente a alejarse. Jesúsín y su madre pasan al lado del estudiante con gafas y Jesúsín se para a mirarle mientras la madre le dice: «Vamos.» El estudiante se da cuenta que Jesúsín le mira, pero hace como que no le da importancia a su presencia. Entonces el niño se aproxima y le tira de la chaqueta. «¡Ah, Jesúsín!», dice el estudiante de gafas, que volviéndose se encuentra con la cara siempre seria de Jesúsín. «¿Te ha gustado?», le pregunta, y mientras tanto ve en la sombra la figura de la mujer que espera a Jesúsín. Jesúsín responde afirmativamente con la cabeza. «¿Más los leones o...?», e imita con dos pasos la forma característica del caminar de Charlot. «Los leones», dice Jesúsín. «Mañana verás peces; la ballena, que tiene una boca así de

grande.» Y le coge de la mano y le acompaña hacia la madre, una mujercita enfermiza de ojos asustados. Después dice a la madre, como si ya se conocieran: «Vengan también mañana.» La madre responde: «Vendremos.» Hacen un trecho de camino juntos. Después el padre llama en voz alta al estudiante, que dice: «Adiós, Jesúsín», buenas noches a la madre y se aleja imitando el caminar de Charlot, mientras Jesúsín, tenido de la mano por su madre y andando, está volviendo el rostro hacia el estudiante, que corre hacia sus compañeros, que están trabajando en desmontar la máquina de proyección.

Al día siguiente encontramos a los estudiantes, que trabajan como albañiles en una cabaña: están haciendo la chimenea. Hay diez o quince habitantes que miran. Después de cierto tiempo sale el humo de la chimenea y el padre dice: «¿Lo veis?» Todos miran y el padre dice: «Haremos también esta otra y mañana os dejamos.» «Yo no la quiero», dice el hombre propietario de la otra choza. «No tienes que pagar nada», dice el padre. «No la quiero», repite el hombre. En este momento el padre se da cuenta que está Jesúsín y que busca a su amigo estudiante. Está extrañado el niño de no verle en medio de los otros, y quizá por primera vez en su vida se acerca a un desconocido, el padre, y le pregunta: «¿No está José?» El padre lo coge del brazo y le dice: «Se ha marchado..., tú no quieres reírte. Ríete..., haz una sonrisa y llamaré a tu amigo.» El niño no mueve su cara. Alrededor han venido también los demás a sonreír a Jesúsín. «Esta vez yo lo logro, tenemos que lograrlo», dice uno, y como la vez primera en la guardería, él y los otros empiezan a improvisar tonterías para hacer reír a Jesúsín. El padre ríe, así como aquellos diez o quince hombres de Nuñomoral. Un estudiante se ensucia la cara de yeso, otro se pone un cubo en la cabeza, y todos giran alrededor de Jesúsín como los indios. También el padre; pero después cesan de repente, vencidos por la faz inmóvil del pequeño, con sus ojos que miran tristemente. Uno de los estudiantes coge a Jesúsín entre las manos, le eleva y le agita con una mezcla de afecto y de reproche, como enfadado por lo absurdo de la resistencia del niño. Le dice: «Jesúsín, tienes que reírte, vamos, adelante, mueve la boquita, vamos, un poquito», y lo mueve más aún. El niño está impresionado por esta insistencia que parece hostil y los ojos se le llenan de lágrimas.

En este momento llega el estudiante de gafas, que viene con otro muchacho estudiante, llevando una carga de ladrillos. José ha visto parte de la escena y dice a todos unas secas palabras de reproche. Después se carga en sus espaldas al niño y se dirige hacia su casa. Atraviesa otro espacio donde la estudiante ha agrupado alrededor suyo a algunos muchachos y muchachas del pueblo y están bailando al son de un tambor, como es costumbre allí. El estudiante cambia un saludo con la muchacha y siempre teniendo a Jesúsín en sus espaldas marca algún paso de baile con ella y le da un beso, haciendo reír a todos. Luego se aleja del grupo. El

viento se levanta un poco. «Era una vez un lobo...—comienza el estudiante, contando una fábula al niño, teniéndole siempre a caballo sobre sus espaldas—, un lobo que tenía ganas de comer una oca pequeña y muy bonita...» Mientras camina, como el viento amenaza hacerle volar el sombrero de paja, se lo sujeta con la mano. Pero después, mientras cuenta la fábula, hace gestos con las manos y un soplo de viento le hace volar el sombrero a lo largo del sendero. En seguida lo persigue, pero como si el viento jugase con él, lo empuja siempre más adelante. Entonces deja al niño en el suelo y se pone a perseguir al sombrero, que finalmente alcanza con un salto, casi cuando está para volar por una vertiente abajo. Apenas lo ha recuperado, todo satisfecho, se vuelve hacia Jesúsín, que se ha quedado allí, a lo largo del sendero. La cara del estudiante parece hipnotizada: denota un estupor y una dicha profunda. Lentamente se levanta. Allí está Jesúsín, que le mira sonriendo. Jesúsín sonríe. Va hacia él golpeando el sombrero contra las piernas para quitarle el polvo, y también él sonríe, pero en sus ojos brilla una lágrima de emoción. No dice nada al niño, se lo vuelve a cargar sobre sus espaldas y dice a Jesúsín que le sostenga el sombrero con sus manos y se pone a correr como un caballo, volviéndose alguna vez para ver al niño. Ve que sonríe, y más fuerte aún galopa hacia la casa, que aparece allá, en el fondo.